

MORIR POR LA CIMA

Carlos Suárez



Prólogo de Leo Houlding

La montaña es un terreno donde el hombre se enfrenta a sí mismo y el éxito no se mide sólo por el número de cimas alcanzadas.

Morir por la cima narra un descubrimiento personal del alpinismo, una etapa apasionante relatada en primera persona por Carlos Suárez, quien se considera tan atrapado por su lado más racional como para realizar grandes aventuras. Sin embargo, arriesga su vida escalando en solitario o a través del salto BASE, buscando en su interior difíciles respuestas.

Carlos se propone, principalmente, el estudio del riesgo inherente al enfrentamiento con cada montaña. Cuenta experiencias compartidas con algunos de los mejores escaladores del mundo, nombres ineludibles en el ámbito de la escalada. Y paralelamente, describe una forma de ver el desarrollo profesional del mundo de la montaña, desde una premisa romántica, a la consecuencia que hoy medra en un clima mercantil.

*En las montañas, como en cualquier otro lugar,
ocurre siempre lo inesperado.
Un momento de olvido en un lugar fácil, un descuido,
una mirada distraída, he ahí los autores
habituales del desastre... La principal fuente
de peligro es esta necesidad de atención
permanente, la invariable prontitud
con la cual el hielo, la nieve y la roca castigan
sin piedad un momento de olvido, o la más
ligera negligencia...*

Albert Frederick Mummery (1855-1895)

Prólogo

Por Leo Houlding

La escalada es muchas cosas para mucha gente. Para algunos es simplemente un deporte, una manera de mantenerse en forma y soltar un poco de energía. Para otros es una actividad social, una manera de hacer nuevos amigos y compartir experiencias profundas con los antiguos. Para algunos otros es puro escapismo, una forma de alejarse de la ordenada normalidad de la vida cotidiana y buscar la estimulación de la aventura vertical. Pero para algunos de nosotros es todo esto y mucho más.

Es una forma de vida, una razón de ser, una obsesión. Define cómo nos vemos a nosotros mismos y cómo vemos a los demás y al mundo que nos rodea. Construimos nuestras vidas en torno a la búsqueda de movimientos cada vez más desesperados, piedras más exóticas y cumbres más difíciles de alcanzar.

La escalada es nuestro idioma. Influye en todo: las personas a las que conocemos, adonde vamos y qué hacemos. Nos lleva a los más salvajes, recónditos y bellos paisajes de la Tierra, donde buscamos las aventuras más extremas y comprometedoras. En estos periodos de excepcional esfuerzo se forjan las amistades más fuertes. Compartimos el sufrimiento y la euforia, la adrenalina, el cansancio y una intensidad en las experiencias que no se obtiene en la vida cotidiana.

Carlos y yo hemos tenido la suerte de compartir algunas de estas experiencias intensas y a través de ellas hemos forjado una gran amistad. Nos conocimos gracias a la escalada y nos acercamos más por el amor mutuo de saltar desde paredes: el salto BASE.

En la escala de toda una vida hemos pasado pocos días en compañía del otro, pero la intensidad de las horas en esos días ha fabricado recuerdos que durarán hasta la tumba. Como un día en Riglos, en la primavera de 2009. Combinamos escalada de velocidad y salto BASE en las dos grandes torres, La Visera (270 metros) y El Pisón (300 metros), en 2 horas y 37 minutos extremos. Por lo general, lleva alrededor de 4 horas subir cada ruta y la mayoría de la gente baja caminando. O, unos meses más tarde, lo que fue el primer día de nuestra expedición al monte Asgard, en la isla de Baffin (en el noreste de Canadá). En un avión Dakota DC3 a cientos de kilómetros de cualquier lugar, cuando tiramos nuestro equipo por el aire y luego saltamos del avión en el desierto ártico para iniciar la aventura de una vida. Congeladoras tormentas polares, cruce de ríos letales, desprendimientos infernales de morrena y caída de rocas del tamaño de casas fueron sólo algunos de los peligros que se interponían entre nosotros y nuestro objetivo de ser los primeros en trepar y saltar BASE desde el poderoso monte Asgard.

El peligro es inherente a estos juegos. Las consecuencias de que las cosas salgan mal superan con creces a las recompensas cuando todo sale bien. ¿Por qué sentimos el impulso de hacer estas locuras? ¿Qué es eso que posee a personas inteligentes y les hace jugar con apuestas tan altas? ¿Por qué estamos dispuestos a arriesgarlo todo por una cumbre arbitraria? ¿Dónde terminará todo esto?

En este libro, Carlos intenta meterse tras la bravuconería de la aventura y discutir la filosofía de estas difíciles preguntas, abierta y honestamente, con el objetivo de llegar al

núcleo de lo que es, de lo que nos hace estar dispuestos a
¿morir por la cima?

Presentación

Por Rafa Doménech

En el camino (el título no es casual)

La mejor definición de Carlos (Carlitos para sus viejos amigos) la dio Alfonso Vizán, el alpinista más valiente y con mejor pluma que yo he conocido: ... y luego está Carlitos, que en realidad no es humano, pues es el hijo del dios de los vientos, y por eso va por ahí ligero, provocando al pasar el revoloteo de sus fans. «El alpinista secreto» (*Revista Peñalara* 454, 2º trimestre de 1990).

Cada día me interesan más las montañas y menos los montañeros, a lo que no es ajena la pedantería reinante en una gran mayoría de los llamados alpinistas mediáticos que hacen continuo, inoportuno y vano alarde de sus méritos, ténganlos o no. Se trata, en mi modesta pero libre opinión, de personas interesadas.

En el otro lado se encuentran las personas interesantes, y de vida auténticamente novelesca, como aquel niño que se escapaba del colegio interno, se subía a dormir a un monte y terminaba en una comisaría; que fue compañero de cordada de Alfonso Vizán y que con 17 y 18 años, recién cumplidos, escaló en solitario el Pilar Bonatti y el Espolón Walker. Son los que a mí me interesan, como Carlitos Suárez.

Mi presentación podría haberse dado por terminada, pero tendría, al menos, un defecto, cual sería quedarse en la exposición de Carlos Suárez antes de llegar a la veintena y hoy, mentira nos parece a quienes le vimos llegar a Peñalara, está próximo a convertirse en cuarentón.

Felizmente, pues la desgracia hubiera sido no llegar, como les ha ocurrido a compañeros del alma. Compañero del alma, compañero. (*Elegía a Ramón Sijé*. Miguel Hernández).

Durante los últimos años, dedicados en parte al estudio teórico, universitario y práctico, a través de sus continuos viajes por el mundo, de la Sociología y las Humanidades, Carlos ha cambiado y se está haciendo mayor, pero sin dejar de ser quien era, pues sus ojos conservan el mismo brillo inocente que tenían cuando le conocí en 1986. Sus amigos de entonces seguimos siendo sus amigos, y los más recientes, pues su nómina de amigos, como es lógico, se enriquece con el paso del tiempo, aprecian en «Carlos» las mismas virtudes que, en los viejos tiempos, descubrimos otros «Carlos, me enorgullece ver cómo te desenvuelves en la montaña, y no sólo en la pared, sino tu trato con los montañeros, veo que te has ganado el respeto y la admiración». (Darío Barrio, 14 de agosto de 2011).

Tuvo razón Darío Rodríguez cuando, en 1989, escribió que «... está muy claro que Carlos Suárez representa para muchos de nosotros la gran esperanza del alpinismo español» («filosofía de por vida». *Revista Desnivel*, 59).

1. La libertad de la montaña

Todavía no había aparecido el sol y el frío de la cumbre ya me había dejado atenazado, casi inmóvil. Sentado y observando el paisaje al amanecer pude entender que quien arriesga a buscar aventuras las encuentra y que éstas no tienen por qué ser divertidas; tienen que ver más con los vaivenes de una vida ligada a la pasión, donde se atraviesan caminos tan repletos de sufrimiento como de alegrías...

Para mí, todo empezó con trece años, cuando dormí por primera vez en la cima de una montaña, el pico Abantos en la serranía de Madrid. Hasta entonces tan sólo puedo recordar vagamente, quizá porque la importancia de esos años quedó relegada por lo que vendría después.

Mi padre fue una persona bien relacionada, gallego, nieto de conde, educado en Inglaterra, ingeniero y gran aficionado al deporte (jugó al golf con algunas de las personalidades más influyentes de España). Mi madre, en cambio, se crió con las monjas, pues mi abuela tuvo que emigrar a Alemania, como muchos españoles después de la guerra, y tuvo que dejar a sus dos hijos a cargo del destino. De mi abuela sólo recuerdo algunos de sus postreros días, con su último ligue en la residencia, diciendo que se había buscado a un pelmazo, pero que se lo pasaba bien. Me acuerdo de su sonrisa y parece que sólo por eso mereció la pena conocerla.

La familia y el tiempo en el que uno vive es clave para el desarrollo personal, eso es seguro, aunque no adivino a pensar el nivel de influencia que ello puede provocar en decisiones futuras.

La posguerra que debió vivir mi abuela me la imagino muy dura, como cualquiera podría pensar, por lo que no es nada comparable a la época que a mí me ha tocado vivir: la transición a la democracia. Una etapa mucho más benigna en todos los sentidos. La primera etapa de la dictadura fue una época de hambre, de miseria, donde el burgués era menos burgués y el pobre, un mero superviviente. La democracia, ya consolidada, no ha hecho más que, entre otras cosas, aportar y crear diferentes trabajos o formas de vivir.

Jamás podría contar ahora lo mismo que en épocas pasadas. El hecho de tener unos ejemplos familiares tan opuestos y tan cercanos a la vez me ha dado una manera de ver casi todo con cierta distancia, desde los años de la adolescencia hasta los actuales. Evocando a Ortega y Gasset, yo soy, y lo creo así, la consecuencia de un tiempo concreto con una circunstancia concreta. Y, por ello, creo que hay algo que se escapa al alcance de nuestro pensamiento por mucho que queramos manejar nuestro destino. Está claro que ni toda la gente vive igual ni se tienen las mismas oportunidades desde que se nace. Y no dudo de que en la vida todo el mundo se las tiene que ver con su condición: unos con lo que tienen y lo que pueden, y otros con lo que no tienen.

La cuestión es que mi madre no me podía criar sola y, por eso, pasé la mayor parte del tiempo en internados o en casa con mi madre y la asistenta, que se encargaba que ya desde pequeño estuviera algo controlado. Mi padre se ocupó de su otra familia, y yo, por suerte, fui a estudiar a alguno de los mejores colegios de Madrid.

Sin lugar a dudas, el mejor recuerdo que tengo de mi adolescencia fue en el monasterio de El Escorial. Allí se respiraba el aire que respiraron grandes reyes, la historia de todo lo imperecedero, la grandiosidad de una de las maravillas de la Tierra. Estaba interno y, cuando llegaba el fin de semana, recuerdo que no quería encontrarme con la disci-

plina de mi madre. Y allí, en el bosquecillo donde antaño debieron de jugar príncipes y plebeyos, mis amigos y yo siempre estábamos en la cima de algún árbol. Lo importante no era estar en unas buenas ramas; sino alcanzar el lugar más alto posible, donde comienza el movimiento... Eso lo aprendí de uno de mis amiguetes, que era un peso pluma, alguien como yo con necesidades extraescolares. Yo sentía una atracción total por todo lo que fuera trepar a los árboles y no bajar de allí. Parece el comienzo del libro *El barón rampante*, donde su protagonista decide subirse a las copas de los árboles y no bajar jamás. Con eso, Italo Calvino intenta explicar que la indisciplina sólo se hace respetable cuando se asume con todas las consecuencias, principios por los que ya desde muy joven yo sentía una cierta atracción. Pero la literatura es una cosa y la vida otra diferente, y yo quería tener ideales de hombre salvaje, como el del chico que se sube a un árbol con un cuchillo y se hace una cabaña. No sé si es uno de los típicos ideales de un adolescente pero, en cualquier caso, en mí resurgía muchas veces como si fueran grandes deseos de independencia.

Por alguna razón, mi vida giraba en torno a la influencia de algunos de los peores compañeros de clase que se puedan tener; una influencia que me buscaba yo solito, pues la típica educación de un chico normal me parecía sosa y aburrida. Debe de ser que, en el fondo, uno siempre acaba buscando compañeros de su estirpe. A mí siempre me pareció que alguien que destacaba por alguna cosa era alguien interesante. Pero en esto se puede uno confundir (lo mismo que las apariencias engañan), aunque no puedo negar que también guardaba un gran respeto por algunos de los chicos más educados. Había uno con el que yo me juntaba y que me sorprendía por su extremada limpieza bucal a una edad en la que uno siempre sale corriendo cuando ve llegar cualquier cosa parecida al jabón. Aquel chico siempre se lavaba los dientes después de cada comida y me llamaba la atención por su sencillez y aparente soledad.

Era un sobrino del Rey, aunque yo no lo supe hasta mucho tiempo después. En cualquier caso, no fue con él con quien me pude escapar el fin de semana a la montaña.

A los trece años uno puede ser un tierno adolescente o un chico muy espabiladillo. Yo era de estos últimos, así que pude liar a otro amigo de Madrid, un poco más influenciabile que yo, para vivir nuestra primera aventura en la montaña. En realidad, nos escapamos con la fuerza con la se puede escapar un niño, sin pensamientos de futuro que puedan ahuyentar los sueños o frenar el presente. Yo, desde luego, no me planteaba ni por un momento volver a mi casa, pues la bronca que me esperaba por parte de mi madre iba a ser monumental; ni por un segundo me planteaba la posibilidad de que mi madre decayera en su carácter por un instante.

Y con esa actitud de rebeldía sin sentido, mi amigo y yo cogimos lo que pudimos y salimos en los trenes azules de cercanías que te llevaban a la sierra de Madrid. Destino: el monasterio de El Escorial. Con la información de la que disponía, todo giraba cercano a lo más alto que podía contemplar. Mi intención se convirtió en un objetivo concreto: dirigirme a la cima del monte Abantos, que sólo podía ver desde la lonja del monasterio en mis días de clase en el colegio.

Se podría decir que me convertí en un jefe de la cordada con miras un tanto inocuas. En realidad, lo único que contemplaba en mi cabeza era imitar la imagen de un hombre sentado en la cima para reflexionar. Y lo conseguí. Lo que necesitaba era simplificar los pensamientos trasladando mi cuerpo al lugar idílico que representa la cima de una montaña. No sabía por entonces lo que eso significaba: una enorme inquietud que necesitaba poner en práctica en cualquier tipo de terreno. Pero la montaña estaba allí enfrente del monasterio como algo prehistórico y como una especie de indicativo de lo que vendría después. La verdadera cima no era lo que se veía, formaba parte de una larga

loma que llevaba a la cima principal. Había que llegar a esa primera cima en cualquier caso, buscando el único objetivo de lo que parecía el punto más alto. En ese montículo cerrando una arista se encontraba una especie de caseta construida en piedra.

La verdadera cima no se alcanza nunca, pero lo entendí años más tarde a través de la experiencia. Para comer, subimos algo de pan y embutido en bolsas que, a su vez, llevábamos en otra bolsa de deportes a modo de mochila. Como es de suponer, parecíamos montañeros de lo más aguerridos. La caminata surgía por donde nos llevaba la intuición porque no sabíamos que, normalmente, hay un camino que te lleva a los sitios, algo que a mí me sorprendió en mis futuras excursiones, y tuvimos que retroceder en el bosque para encontrar el camino, igual que en un glaciar rodeados por las grietas. Una vez que llegamos a una especie de cima muy escarpada, con la vista puesta en el pueblo, pudimos contemplar que era una cima secundaria, con una vista y una posición de privilegio que nunca hubiera podido imaginar. Allí nos quedamos.

Me gustaba imaginar la imagen de alguien pequeño que se transporta desde el mundo de allí abajo para entender qué es lo que quería hacer y adónde quería llegar. Una forma más de simplificar lo que te rodea. Sencillamente, necesitaba buscar una paz que no tenía; probablemente era la libertad, mi libertad, y respondía a una curiosidad que no conocía y que no cesaría jamás.

De alguna forma comenzaba la verdadera aventura de mi vida. No sin antes preparar lo que iba a ser mi primer vivac a la intemperie.

Era verano, un clásico verano seco y caluroso en Madrid. En la sierra era otra cosa. Quizá si hubiese sido invierno no me habría escapado, quizá no habría conocido la montaña. Pero allí estábamos por algún discernimiento que sólo el destino conoce. Cayó el sol detrás de la montaña. Todavía podíamos ver las últimas luces naranjas que ante-

cedían el cambio de temperatura. Preparamos el vivac con unas mantas y las bolsas a modo de cama. Yo ni sabía que existían las clásicas esterillas de montañero. Caí en un sueño profundo hasta que poco a poco el frío de la noche fue abrazándome con su fuerza. La helada terminó por despertarme a altas horas de la madrugada. El frío se calaba por todos lados, uno de esos fríos que no te dejan estar relajado y que retuercen tu cuerpo en mil posturas, casi siempre en forma de cuatro o bola. Con los futuros viajes comprobé que esa sensación es igual en cualquier montaña e, incluso, con algunos de los materiales más sofisticados. En ocasiones duermes unas horas por el cansancio y cuando empiezan las piernas a despertarse es justo el momento del amanecer. Sólo en la Patagonia me ocurrió que antes de que cayera el sol ya estuviese totalmente congelado...

El frío intenso hace que no pienses bien y que todas tus ilusiones se vengán abajo en cuestión de minutos. Amanecimos en lo alto del monte Abantos con el único pensamiento de comer algo caliente y bajar al pueblo cuanto antes. Con la cara entumecida por la mala noche, yo no quería ni moverme, justo todo lo contrario a lo que hay que hacer en estos casos, pues unos pequeños movimientos aceleran la circulación y hacen que todo se pueda ver con otra perspectiva. Fue en ese instante cuando vi a un cura cerca de la cima deambulando con unas cuerdas y mosquetones. Venía sudando por la caminata que llevaba encima. Por mi bien sólo esperaba que no fuera uno de los profesores del monasterio. Disipada mi duda, me acerqué y pude ver de cerca cómo organizaba una especie de rápel a la antigua, rodeándole el cuerpo con la sotana y todo. Había que creer en algo realmente espiritual para pensar que allí no iba a pasar nada. Gracias al cura, pude ver cómo era aquello de la escalada, que existía y que parecía atraerme.

Si no hubiera sido por el duro frío de aquella mañana que me retuvo un rato tratándome de abrigar y la experiencia esotérica con el cura cerca de la cima escarpada, proba-

blemente habría vuelto sin saber que se podía escalar en las montañas.

Volvimos a la complicada existencia de allí abajo, al árido calor de la ciudad, con su contaminación y ambiente de pelea. Volvimos al tren azul camino de Madrid. El ajeteo en la calle era poco divertido cuando no tienes un lugar donde volver, yo quería llegar hasta el final de algo ya que estaba fugado, pero duró pocas horas más. Fue en una especie de comedor público al que me llevó un vagabundo que conocí en la calle... y allí mismo acabó mi aventura. En la puerta del edificio esperaban dos policías que le preguntaron al vagabundo por mí, a lo que este respondió: «No le conozco de nada». Para un chico de catorce años aquello era cuanto menos sorprendente, pues no dejaba de ser un nuevo amigo que me había echado. Ya en comisaría esperaba la gran bronca de mi madre. Las madres lo soportan todo, pero eso uno no lo sabe a los catorce años. Yo sólo esperaba que el tiempo me resarciera de aquello. A esa edad uno no espera que todo lo bueno de una madre vaya a aflorar en su carrera tarde o temprano.

A los pocos días me enfrentaba en casa con mi vida normal. Aburrido una tarde de domingo, apareció una imagen en la televisión que aún recuerdo. Era una escena de escalada del recién estrenado programa *Al filo de lo imposible*. Puse tanta ilusión por verlo que mi madre accedió a dejarme ver el documental y eso que mis privilegios en casa debían estar bastante restringidos a juzgar por el carácter de mi madre. El documental me enganchó desde el primer momento por la aventura que acababa de vivir y por las pintas de los personajes. Me llamaban la atención las mallas de colores, los pañuelos en la cabeza y lo vertical del paredón que se veía. Eso me gustaba. Los protagonistas de aquel documental eran Miriam García y Félix de Pablo escalando la vía Zaratustra al Gallinero, en Ordesa. Los dos murieron en la montaña: Félix en el Aconcagua, unos meses después de la emisión de aquel programa, y Miriam en